



## CAPÍTULO VI.

### I.

#### SENTIMIENTOS DEL REY.

**H**ÁNLOS pintado con tintas negras y horrendas los enemigos fieros; y en tal manera, que de puro espantables los dejaron desnudos de toda probabilidad, convirtiéndolos en sueños de fantasía. Rebajáronlos aquellos otros llamados mansos, y los fueron poco á poco recortando con tal estudio y blandura, que lograron, desde principios de la presente centuria, desfigurar el corazón cristiano y nobilísimo del Prudente Rey, dejando su persona al nivel de los príncipes y políticos ordinarios. Dijeron unos y otros, y aún hoy mismo lo repiten, que D. Felipe II no tuvo entrañas, ni sentimientos de hombre, sinó de fiera; que se mostró insensible é inexorable en sus actos; y en fin, que su pecho no encerró jamás aientos propios de padre, ni de rey. Todas las cuales afirmaciones resultan falsísimas y contundentemente desmentidas en leyendo las historias graves y autorizadas del siglo XVI; que sin duda, por ser testimonios contemporáneos de aquel Príncipe tan enemigo de herejes y gente perdida, merecen mayor asentimiento y fe humana que las historias cómico-novelescas de este tan engañoso siglo XIX <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> «Madalena, dice el Rey desde Lisboa á sus hijas, fué oy á la galera después que yo, y creo que anduvo un rato mareada; y hasta ahora no osa desmandar mucho por este lugar: creo que es por que no le den grita como las dan otras, diciéndoles, *daca la cuerda*.» Gachard: Cartas. ¿Quién diría ser Felipe II el que descende á dar tales noticias de una simple criada?

Andrés Muñoz, escritor verídico de aquella época, cuyo *Viaje de Felipe II* ya se ha citado antes, enseña por incidencia cómo el Rey Prudente sabía llorar y sentir con los que sienten y lloran. Para probarlo quiero callar y dejar que hable solo el buen Muñoz, cuya palabra es harto más elocuente y autorizada que la mía. «Como supiese S. A., dice, por letra cierta, que la Serenísima Princesa de Portugal, su hermana, ya venía á todo andar, S. A. llegó á Alcántara á la posta, donde la recibió allí muy cubierta de luto, en tal manera, que por un buen rato nunca pudo verse su muy hermoso rostro, hasta que S. A. le suplicó muchas veces fuese servida de descubrir y alzase algún tanto del manto que sobre los ojos traía derrocado. Y la Princesa, como no pudiese hacer otra cosa, por ser el Príncipe y su hermano, descubrió su rostro bañado en vivas lágrimas, de que el Príncipe mostró gran sentimiento, así de ver á la Princesa representar tanta tristeza, como de ver á las damas de la misma manera y criados. Y S. A. el Príncipe, como sapientísimo que es, con palabras dulcísimas y de muy gran consuelo la consoló allí como en las jornadas que con S. A. vino, que fueron cinco, que fué hasta llegar á la abadía, que es una fortaleza y lugar del duque de Alba» <sup>1</sup>. Basta la anterior relación, escrita por quien fué testigo del hecho en ella referido, para demostrar que D. Felipe se hubo entre los suyos, no como fiera, sinó como hombre compasivo, amante de los deudos y consolador de infortunios.

Diligente además en conocer y escudriñar, sin darse reposo, el sentido y sabiduría profunda que se encierra en nuestras leyes antiguas, solía muchas veces traer á la mente y repetir aquello del libro 3.º, título XXXII de Partida, conviene á saber: «como quier que los reyes deben ser firmes é mandar cumplir la iusticia; pero pueden é deben á las vegadas usar de estas tres bondades, assi como de misericordia, é de merced é de gracia.» En conformidad con estos consejos y mandamiento obraba el ánimo cristiano de Felipe II más frecuentemente que lo supuesto por los enemigos. El muy celebrado, aunque regalista, Juan de Solórzano Pereira, allá en su erudito libro,

<sup>1</sup> *Viaje de Felipe II á Inglaterra*, por Andrés Muñoz (impreso en Zaragoza en 1554). Madrid, 1877, pág. 32.

intitulado: *Emblemata centum Regio Política*, refiere no de intento, sino por acaso, que saliendo un día de su palacio D. Felipe II, «Rey Prudentísimo», como allí se le apellida, vínole al paso una mujer inconsolable y llorando. Entre muy hondos sollozos rogó al Rey aquella madre angustiada que templase la pena capital que había recaído sobre un hijo suyo en la Sala del Crimen. *Conmovióse cristianamente el pecho de D. Felipe*: detúvose la comitiva; llamó al alcalde de corte que le seguía, é informado, exclamó: «Bien dada está la sentencia; mas por cuanto no hay parte y le aproveche el haberme detenido y rogado, dénle luego el preso y salga de la corte»<sup>1</sup>. Lo cual significa blandura de sentimientos y caridad cristiana que sin duda no faltó al segundo de los Felipes<sup>2</sup>.

Ahondando más aún este punto interesante, cuadra bien recordar y advertir al lector que el Prudente Rey dejó por mil caminos señaladas huellas de bondad y cristianos sentimientos. El celebrado analista Enrique Cock, notario apostólico y «archero (arquero) de la misma guardia real de D. Felipe II», dá á entender en no pocas páginas de sus escritos, que sería injusto suponerle despojado de los afectos naturales al hombre civilizado. Describiendo este memorable autor la despedida conmovedora hecha por el pueblo madrileño á S. M. al emprender su viaje á Valencia, Aragón y Cataluña en 1585; después de mostrada aquella «infinidad de gente, agitando los pañuelos y diciendo al Rey que le *deseaban buen camino y que con salud volviesee pronto á la corte*», añade las palabras siguientes:

<sup>1</sup> D. Philippo IV Hispaniarum et Indiarum Regi Opt. Max. D. D. Joannes de Solórzano Pereira... *Emblemata Regio Política in Centuriam unam redacta*. Emblema 153, pág. 522. Matriti, 1653. «Eisdemque virtutibus utens Prudentissimus Rex noster D. Philippus Secundus, filium cuiusdam mulieris ob homicidium iuste dannatum, matri concedi iussit ipsius oratione et lachrimosis precibus ad maiorum meritis delinitus...» Esta misma acción magnánima del Rey Prudente confirma la autoridad de Luis Cabrera de Córdoba, que la refiere casi en los mismos términos en su *Historia de Felipe II*, cap. I, pág. 6 del primer volumen impreso en Madrid, año 1876.

<sup>2</sup> Recuerde el lector cristiano, que otra obra de Solórzano, las *Disputationes de Indiarum iure tomi II*, á lo menos en parte, están en el índice de libros prohibidos. Decr. 11 iul. 1642.

«Parecía que el Señor también le favorecía, haciendo con sus rayos el día muy sereno. Mas siendo el Rey D. Felipe ya salido de palacio, se fué para el monasterio de las Descalzas (el cual edificó pocos años há su hermana doña Juana, princesa de Portugal, madre del Rey D. Sebastián, de la regla de Santa Clara) á despedirse de su hermana doña María la Emperatriz y su hija doña Margarita de Austria. Lo mismo hicieron el Príncipe y las Infantas, pidiendo licencia de ellas, no sin lágrimas»<sup>1</sup>. Por donde se ha de inferir cómo el Rey y los augustos Príncipes hijos suyos, criados sobre sus rodillas, sabían también afectarse dulcemente hasta derramar lágrimas.

Pero hay mucho más aún digno de tenerse en cuenta sobre esta materia. Los amigos de las crónicas mejor reputadas de aquella nuestra áurea edad, recordarán seguramente la ruidosa huida de D. Gonzalo Chacón, por causas que no son de este lugar, caballero harto conocido en la corte de Felipe II. Era hijo de doña María Chacón, aya del príncipe D. Fernando, y hermano del conde de Montalbán. Acogióse el reo á la piedad y amistad del deán de Sevilla, quien lo llevó secretamente al convento de la Aguilera de Recoletos Franciscanos, cuyo guardián lo recibió y encubrió por amor y caridad cristiana. Mas cansado de la clausura D. Gonzalo, salióse de ella y se pasó á un monasterio de San Benito, donde por imprudencias y descuidos suyos fué descubierto, preso y traído á Madrid. Muy poco atento á la gratitud el caballero Chacón, declaró abiertamente quién le había tenido oculto. El guardián de San Francisco tuvo, pues, que comparecer por real mandato ante la majestad de Felipe II. El cual dijo al buen religioso: «¿Quién os enseñó á no obedecer á vuestro Rey y á encubrir á un delincuente tal? ¿Qué os movió?» Levantando su rostro el hijo de San Francisco, respondió: «Señor, la caridad». El Rey, oyéndole, echóse atrás, lo miró, y repitió dos veces: «La caridad, la ca-

<sup>1</sup> *Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585 á Zaragoza, Barcelona y Valencia*, escrita por Enrique Cock, Notario Apostólico y Archero de la Guardia del Cuerpo Real. Reimprimióse por Real orden Alfredo Morel Fatio y Antonio Rodríguez Villa, en Madrid, año 1876. Aribau y Compañía.

ridad». Suspendióse un poco, y volviéndose al alcalde le dijo: «Enviadle luego bien acompañado á su convento, que si la caridad le movió, ¿qué le hemos de hacer?»<sup>1</sup> De cuyo proceder suave y cristiano se admiraron el alcalde y toda la corte.

Entre otras mil relaciones, públicas entonces en todo el reino, ensalzando y refiriendo con tanta veracidad como elocuencia la magnanimidad y blandura del Rey, escribe el citado Porreño<sup>2</sup>, cómo cierto negociante, después de acabar con la bolsa, empezó á murmurar impaciente contra los reyes Felipes, rematando su ira en el Prudente. Habida noticia de ello, y formado proceso por el Alcalde de Corte, ántes de ejecutar el castigo quiso consultar y hablar del asunto al Rey. El cual habiendo visto que aquel hombre atrevido puso lengua desenfundada en los reyes Felipes vivos y muertos, dijo al juez: «Los muertos ya están allá y no lo oyeron, ni lo saben, y cuando lo sepan no es razón que yo tome el pleito por todos; y es cosa cierta que si lo oyeran perdonaran la injuria; porque no están en tiempo de pedir ni tomar venganza. Yo que la podía tomar no lo quiero hacer, ántes le perdono; y así perdonadle vos también, alcalde, romped el proceso y sacadlo de la cárcel, y sabed qué negocio es el que tiene este hombre en la Audiencia, y despachadle luego al punto, que yo aseguro que la falta de paciencia debe ser porque al triste negociante no le sobran dineros: id luego con este recado al Presidente, que miren su negocio y le envíe á su casa»<sup>3</sup>.

Rasgos tales de D. Felipe, así como otros muchos que refieren los historiadores contemporáneos suyos, los cuales no

<sup>1</sup> El Licenciado Baltasar Porreño, en el cap. IV, pág. 41 y 42 de su obra *Dichos y hechos del Señor Rey D. Felipe II el Prudente. potentísimo y glorioso Monarca de las Españas y de las Indias*. Edición de Valladolid, 1863.

<sup>2</sup> Testigo de cuanto relata pudo ser este esclarecido autor, sobrino del célebre Francisco Mora, aposentador de Palacio y persona estimada del Rey. Tuvo la cura de almas en Sacedón y Córcoles, y llegó á ser visitador general del obispado de Cuenca. Como tal fué enemigo de adulaciones y de toda falsedad.

<sup>3</sup> *Dichos y Hechos de D. Felipe II*, por el Licenciado Porreño, pág. 45 de la edición de Valladolid por Juan de la Cuesta.

pueden copiarse aquí por favor á la brevedad, declaran abiertamente que no andan camino recto quienes se empeñan en afeár el ánimo sin duda cristiano, pío y hasta suave de S. M., mostrándole á los ojos del vulgo incauto é imperito como Rey ávido de ferocidades y venganzas.

Hablar pudieran ahora las muchas lágrimas que enjugó; las infinitas limosnas que por todas partes derramó á manos llenas; los ancianos y huérfanos recogidos en los establecimientos caritativos, principalmente de Toledo y Alcalá de Henares; aquel tener en sus rodillas, besar y estrechar contra su pecho enternecido al malogrado Príncipe D. Carlos cuando le empezaba el riguroso frío de las tercianas<sup>1</sup>; aquel exclamar, finalmente, en favor de los reos, diciendo á los jueces: «Suéltentele, que no hay príncipe de quien menos se quejen los suyos que del que les da más licencia para quejarse.» Oh, grave sentencia, añade aquí el licenciado Porreño, digna de tan gran Monarca, que consideraba altamente que la última señal de servidumbre es quitarle á un atribulado el quejarse<sup>2</sup>.

## II.

### EL REY EN CAMPAÑA.

Cuanto han rebajado y ennegrecido los sentimientos nobles y humanitarios del Rey Prudente los enemigos fieros, tanto

<sup>1</sup> Dice Baltasar Porreño que era el sentimiento y dolor del Rey tan grande cuando veía en tal estado á su hijo, que casi derramaba lágrimas. Véase la pág. 48 de su obra arriba citada.

<sup>2</sup> *Dichos y Hechos*, pág. 49. Andrés Muñoz, en su *Viaje de Felipe II á Inglaterra*, impreso por vez primera, como ya se dijo, en Zaragoza, 1554, páginas 6, 7, 8, 9 y 10. Edición madrileña, 1877. Véase cómo latía en Felipe II el corazón de padre al escribir de Lisboa á sus hijas: «Segun esto, deveis de aver crecido mucho, á lo menos la menor... embiadme vuestras medidas muy bien tomadas en cintas, y también la de vuestro hermano, que holgaré de verlas, aunque más holgaría de veros á todos...» Gachard, carta XVII.